

**“Convivencia”**  
**Ana Isabel Martén**  
**(Técnica Mixta: Tinte, crayones de óleo y cera sobre**  
**papel de acuarela, 100 x 132 cms., 1991)**

**Por Rocío Zamora-Sauma**

*Con-vivir*

La imagen de la portada del presente número de la *Revista de Filosofía* pertenece a Ana Isabel Martén, miembro del colectivo *Bocaracá*. Esta agrupación se estableció en 1988 como una estrategia de divulgación colectiva en el campo del arte contemporáneo. Sus vínculos no se establecieron alrededor de un proyecto identitario en términos ideológicos, políticos o artísticos. Más bien buscaban crear una alianza que les permitiera divulgar sus trabajos a nivel internacional en un contexto mundial convulso en términos políticos, territoriales y económicos.

En el campo de la institucionalidad de las artes costarricenses, fue en estos años de reapropiación de los mercados que se crearon una serie de iniciativas estatales y privadas que fueron propiciando otras formas de moverse en el mundo del arte. En Costa Rica, a partir de la década de los años ochenta, ciertas galerías privadas y talleres personales fungieron como espacios de promoción de artistas de la región en colecciones privadas. A esto contribuyeron las bienales de arte que se fueron estableciendo en estas últimas décadas del siglo XX o la creación del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo en 1994. Una gran parte de estas instituciones ha desaparecido y otras han sido creadas gracias a los esfuerzos de las generaciones emergentes, las cuales se enfrentan a

una reducción galopante de los presupuestos y posibilidades de apoyo estatal al sector cultura.

La respuesta del grupo Bocaracá a la coyuntura de auge institucional hacia las últimas décadas del siglo XX tenía que ver con la pregunta por cómo *con-vivir desde, sin y con* las instituciones de arte a nivel nacional e internacional. Producir colectivos implica establecer formas de relación para agenciar medios de trabajo, fortalecimiento institucional y estrategias de exposición. En este escenario, el grupo Bocaracá hacía una lectura histórica sobre cómo producir vínculos frente a las estructuras nacionales y al capital extranjero. La imagen de Ana I. Martén amplía estas formas de *con-vivencia*, situándolas en una esfera más amplia de la existencia y de la vida, lo que permite entender lo anterior desde una lectura universal sobre los medios de sobrevivencia en contextos complejos.

*Convivencia* retoma diversos motivos relacionados con simbolismos provenientes de distintas tradiciones religiosas, espirituales y científicas. Este es el caso de las figuras de la espiral y del caracol, las cuales remiten a los entramados entre ciencia y naturaleza. Las narrativas mitológicas sobre la creación del día y de la noche en la tradición mexicana o azteca veían en el esqueleto del caracol una respuesta a la ausencia de luz, asociando al caracol con

la luna. La figura de la espiral fue también el modelo o patrón que inspiró las explicaciones matemáticas sobre la irracionalidad de las raíces de los números, la perspectiva aurea o la serie numérica de Fibonacci.

En todos estos casos la fractura entre naturaleza y cosmos se planteaba como continuidad, pues los dioses se conectaban a los astros y estos a la posibilidad de la vida humana. Lo mismo al considerar la proporción aurea, cuya formulación describiría el tipo de proporción y relación de todos los objetos e incluso de los movimientos en todos los ámbitos de la existencia. Este *continuum* y estructura general del mundo reaparece en la imagen de Ana I. Martín, en la cual podemos notar una serie de figuras provenientes del mundo de la vida. En la parte superior de la imagen vemos un recuadro azul resguardado por dos figuras humanas: una que parece tocarlo y sostenerlo; la otra, que extiende su mano hacia abajo. Arriba del recuadro, otras dos figuras humanas se alejan hacia extremos opuestos. Todos estos motivos dialogan con el título de la imagen: los cuerpos humanos desnudos fluyendo y extendiéndose en el espacio insinúan que las convivencias no son nunca estables ni seguras. Ni siquiera el propio cuerpo podría permanecer en un estado de identidad consigo mismo, sino que su condición es la de un ser *extático*, a saber, relacional, que requiere de formas de sociabilidad con diversos entes.

Judith Butler plantea que esta condición extática es la que sostiene las relaciones políticas, las maneras de ser poseídos y desposeídos. Si bien se trata de una condición determinada históricamente, constituye también una condición universal de todo ser vivo en la medida en que los medios de sobrevivencia y reproducción no se encuentran resueltos individualmente. Esto contrasta con los mitos de la modernidad que pretendieron construir un modelo de separación entre *el hombre* y la naturaleza. La crisis ecológica actual nos ha demostrado que sin *ese* gran reino de especies, que hemos llamado *naturaleza* o recursos naturales, en realidad no podríamos sobrevivir.

Según esto, tenemos más en común con el caracol que con la imagen del individuo definido como amo y señor del resto de la creación. La diferencia es que el ser humano

ha imaginado una ficción que más que su guarida, deviene su propia tumba, mientras que el caracol reconoce en sus movimientos su naturaleza relacional. No se expone en vano. Pareciera que no tiene una potencia de muerte o suicida. Más bien, este ovíparo construye su propia sociedad a través de procesos de lectura que le van llevando de su ermita a las superficies y, desde sus adversidades, a la interioridad de su refugio. Cuando encuentra situaciones adversas, como la falta de humedad, el caracol se encierra en su esqueleto. Bastaría un poco de agua para que el caracol saliera de su ermita y se expusiera de nuevo al mundo. Si el caracol no encontrara ambientes húmedos o perdiera su concha, el molusco no podría sobrevivir.

El caracol puede funcionar como un espejo de nuestras formas de producir colectivos. Sin el suelo que pisa o el agua con la cual entra en contacto, los caracoles no podrían alimentarse y obtener el calcio para edificar su propio refugio. Lo mismo para reproducirse, al entrar en prologadas cópulas con otros de su especie. Esta condición relacional define a todo ser vivo, en la medida en que cada individuo es un portador y traductor de las posibilidades y actualidad de su especie y del estado del cosmos. La ausencia de las abejas, por ejemplo, es leído como uno de los síntomas de la crisis ecológica que vivimos. Con ello, el ser humano no solo se conecta y requiere de quienes le rodean, sino de todas las formas de la vida.

A nivel intra-especie también funcionamos como los caracoles, pues transitamos superficies ásperas que nos hacen retraernos o exponernos. Podemos sin duda alguna ser muy malos lectores y, a pesar de ello, seguir respondiendo con nuestros actos a la pregunta por las formas de con-vivir con todos los entes en el mundo. Es decir, cada gesto conlleva respuestas sobre cómo queremos habitar el mundo y qué tipo de relaciones queremos construir con quienes viven allí, con el pasado que espectralmente sostiene nuestros vínculos y, con el porvenir, que producimos también desde nuestras acciones.

Conformar una sociedad implica reconocer la precariedad de lo individual y las formas de enriquecerse a partir del contacto con los suelos, los terrenos acuosos y los otros. Implica salir de sí al encuentro del mundo, de los

objetos, de los medios de reproducción y de las otras personas. De allí que, como lo reconoce Jean-Luc Nancy, la *existencia* sea desde siempre un *exilio*: es en esta condición de *estar arrojados* que se expone nuestra radical vulnerabilidad, pero también nuestra fortaleza.

Como el caracol, ese gran lector de superficies que logra agenciar su vida en distintos ambientes, requerimos de formas de lectura para conducir los espacios institucionales en nuestra coyuntura de gran precarización social, política y cultural.